

EL ESPÍRITU

y

EL CRISTO



Hensworth Jonas

EL ESPÍRITU Y EL CRISTO: COLABORADORES EN EL DISCIPULADO

Juan 16:7-16

Índice

1. Una unión de poder (v 7)	7
2. Una unión persuasiva (vv 8-14)	10
3. Una unión de alabanza (vv 15-16)	17
Conclusión.....	23

Copyright 2023 Chapel Library. Impreso en EE.UU. Todas las citas de las Escrituras son de la versión RVR1960. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica. Se concede expresamente permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que:

- 1) No se cobre más allá de una suma nominal por el costo de la duplicación.
- 2) Se incluya este aviso de derechos de autor y todo el texto de esta página.

Traducción: Nedelka Medina

Edición: María del Carmen Atiaga

Chapel Library envía materiales Cristocéntricos de siglos anteriores a todo el mundo sin costo alguno, confiando enteramente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean colaborar.

En todo el mundo, por favor, descargue este material de nuestro sitio web sin costo alguno, o póngase en contacto con el distribuidor internacional que corresponda a su país, según la lista que aparece en nuestra página.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, favor de ponerse en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

EL ESPÍRITU Y EL CRISTO: COLABORADORES EN EL DISCIPULADO

«Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre» (Juan 16:7-16).

HERMANOS y hermanas, señoras y a cualquier persona en esta tierra. Es tan extremo que incluso la Biblia admite que todo dentro de un posible discípulo de Cristo lucha contra su conversión. Leemos en 1 Corintios 2:14: «Pero el hombre natural

no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». Cuando ocurre la conversión, cuando uno se convierte en un discípulo consciente de Cristo, es verdaderamente un milagro. No solo la mayoría de la gente se sorprende ante el enorme cambio de consciencia que supone esta conversión, sino que el propio converso (o la propia conversa) suele ser también el más sorprendido.

La lucha por creer es una lucha feroz. Muchos, en la incredulidad, a menudo ven, en cierta medida, la belleza de lo que se supone que es la vida cristiana. Sin embargo, siguen concluyendo: «Nunca podría hacerlo. Quiero hacerlo, pero me siento abrumado por ello. Está más allá de mí». Esa es precisamente la situación que nuestro Señor Jesús abordó en el contexto más amplio de nuestro texto (Jn 13-17).

La noche antes de morir en la cruz del Calvario, el Señor se dirigió a sus discípulos. Estaba a punto de dejarlos. Sus últimas palabras les aclararon el tipo de vida que refleja el auténtico discipulado cristiano. Los exhortó a amarse los unos a los otros. Habló de la necesidad de ser valientes y perseverantes ante el sufrimiento. Reflexionó sobre el gozo y la paz que debían experimentar en su vida cotidiana.

En los versículos inmediatamente previos a nuestro texto, nuestro Señor reconoció que la aflicción que acompaña al discipulado cristiano es a menudo complicada de manejar y que Sus discípulos con frecuencia se llenan de aflicción y dolor. Nuestro Señor estaba claramente a favor de la divulgación total. Sabía que creer y perseverar en la fe era un reto y que intimidaba.

Nunca ayudamos a nadie sugiriendo que la conversión cristiana es fácil. Los discípulos conscientes de Cristo saben que su fe es real, poderosa y satisfactoria. Sin embargo, nunca pueden olvidar su arduo camino de fe. No es fácil.

Muchos están luchando genuinamente con lo que han oído sobre el cristianismo o lo que ven en la vida de los que profesan ser cristianos. Su información sobre el cristianismo es a menudo falsa, una caricatura malvada. Sus fuentes provienen de opositores contaminados de la fe que solo están dispuestos a calumniar y tergiversar las afirmaciones del cristianismo bíblico. Estas personas en dificultades necesitan una aclaración urgente de los principios básicos de la fe.

Otros entienden las demandas de la fe con cierta exactitud, pero les cuesta aceptar las amplias exigencias del cristianismo, las demandas que se aplican de forma exhaustiva a toda la realidad. Sin embargo, estas personas experimentan una miopía espiritual que eclipsa las flagrantes insuficiencias de su visión actual del mundo, el sistema de pensamiento que les guía inmediatamente. Para desenmascarar su hipocresía, estas personas necesitan que se las conduzca a un análisis comparativo de su cosmovisión del trabajo con el cristianismo bíblico. Sus cosmovisiones actuales suelen presentar muchos más problemas intelectuales que el cristianismo bíblico.

Hay otros que sienten algo de aprecio por el poder del cristianismo bíblico. Sin embargo, carecen del valor para enfrentarse al ostracismo, la burla y el dolor que inevitablemente acompañan al cambio radical de paradigma, y a la deserción que supone la verdadera

conversión. A estas personas hay que venderles la idea de que el sacrificio que conlleva la conversión merece realmente la pena, tanto a corto como a largo plazo.

Nuestro Señor anticipó los desafíos tanto de la fe inicial como de la perseverancia en la misma. Por eso ofreció como solución, en este texto sagrado, una especie de asociación en equipo entre Él mismo y el Espíritu Santo, como solución definitiva. La relación entre nuestro Señor Jesús y la bendita Tercera Persona de la Trinidad es lo que hace posible el discipulado cristiano, tanto en términos iniciales como en lo relacionado con la perseverancia.

Nuestro Señor no se limitó a describir una lista de pasos que supuestamente garantizan el éxito, como muchos en nuestra generación esperarían. No, no lo hizo. En lugar de eso, empleó al último Consejero o Ayudante. Abandonados a merced de nosotros mismos, nunca lo lograríamos. Si quedáramos a merced de nosotros mismos, tiraríamos la toalla y renunciaríamos a la posibilidad de encontrar un sentido a la vida. Por eso, Él prometió la ayuda del principal Consolador, el bendito Espíritu Santo.

La unión de Cristo y el Espíritu garantiza el éxito en el discipulado cristiano. Sin esta unión, el fracaso es seguro. Entre las muchas ideas y lecciones poderosas de este texto sagrado, surgen al menos tres elementos de esta unión entre Cristo y el Espíritu que hacen que el discipulado cristiano despegue y continúe hasta la Gloria. Es una

Unión de poder,
Unión persuasiva y
Unión de alabanza.

Considerémoslas en este orden.

1. Una unión de poder (v 7)

En este versículo, nuestro Señor consoló a Sus discípulos acerca de Su partida, advirtiéndoles que lo que ellos percibían como negativo era, en realidad, positivo. Él les dijo que Su partida y la aparición del Espíritu estaban para darles poder. En otras palabras, su partida no era un abandono, sino un refuerzo. ¡Los estaba preparando para recibir gran poder!

¡Escucha! Nuestro Dios realmente tiene infinitas opciones. Por eso, el apóstol Pablo pudo más adelante proclamar en Romanos 11:33: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!»

Nuestro Señor decía, en efecto: «¡Escucha! Yo te estoy diciendo la verdad. Es realmente por tu bien que yo me vaya». Ahora, seamos honestos. Esta declaración sería un enorme enigma para la mayoría de nosotros, no solo para estos discípulos del siglo I. Es natural que valoremos y concluyamos que la presencia inmediata de Cristo facilitaría en gran manera tanto la fe como la fidelidad. La mayoría de la gente juzgará que tal valoración es la más razonable. Es razonable suponer que, en Su presencia, seríamos personas totalmente distintas y que Sus palabras serían más convincentes si salieran de Sus propios labios. Es razonable suponer que nuestra fe sería más sólida y arraigada si fuéramos testigos de Sus milagros con nuestros propios ojos, y que la pura observación de la Persona, en

Quien «habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col 2:9), es en sí misma transformadora.

En medio de los desalientos de la vida y de todo lo que nos infunde miedo en el corazón, a menudo buscamos afirmación, consuelo y fuerza para resistir entornos que son de todo, menos alentadores. Por eso es difícil imaginar que nuestras almas no se eleven a alturas nuevas y sin precedentes en la presencia misma de Cristo. ¿Cómo podría cualquier otro lugar o contexto producir algo mejor? Cuesta imaginar que sea en presencia de otro Ayudante, y no de Cristo, donde alcancemos nuestro pleno potencial, anticipando ansiosamente la visión beatífica.¹ Es difícil imaginar que, en presencia de otro Ayudante, y no de Cristo, estaríamos más confiados y seríamos más compasivos en nuestro enfoque de la vida, y que nos convertiríamos en el epítome² de la gravedad³ y la gratitud. Sin embargo, Nuestro Señor exigió que Sus discípulos abandonaran todas las nociones absurdas y las fantasías irreales. La realidad era que Su partida y la llegada del Espíritu significaban un mayor poder y una mejor posición para Sus discípulos. Les dijo a Sus apóstoles, los mismos hombres que *habían* estado allí y *habían* visto todas Sus poderosas demostraciones de sabiduría y poder, que Su salida y la entrada del Espíritu producirían una condición mejor.

¹ **visión beatífica** - visión de las glorias del cielo.

² **epítome** - ejemplo perfecto.

³ **gravedad** – dignidad; seriedad.

Nuestro Señor se atrevió a burlarse⁴ de ellos en el versículo 12, acerca de la información y las experiencias esperadas que eran demasiado maravillosas para que pudieran asimilarlas inmediatamente. Su partida y la llegada del Espíritu harán evidente que lo que habían visto hasta entonces era solo el principio de lo que se iba a desarrollar. ¡Impresionante! Piénsalo. Después de la partida del Señor, los creyentes, por obra del Espíritu, fueron capacitados para ser mejores personas, más asombrosas, más fuertes, poseedoras de más recursos, ¡y vivir una vida más gratificante!

Por cierto, todo esto debería ser obvio para nosotros hoy en día. En los Hechos de los Apóstoles, lo único que tenemos que hacer es examinar la vida de los apóstoles *antes* de Pentecostés, el descenso del Espíritu, y compararlo con sus vidas después. La partida del Señor y la llegada del Espíritu marcaron toda la diferencia del mundo.

Las implicaciones de esto son asombrosas. Piensa por un momento en la magnitud de la oferta de Cristo a sus discípulos. Con este anuncio de su partida y de la llegada del Espíritu, salieron a relucir importantes recursos.

Ahora bien, aunque esto es muy alentador y reconfortante, también es inquietante de una manera crucial. Esto significa que los verdaderos creyentes no tienen excusa para tener una vida mediocre. Podemos haber sido negligentes en la forma en que hemos utilizado los recursos que nos han sido dados por el Espíritu. Por favor, entiende que cualquier cosa que

⁴ **burlarse** – fastidiar.

nuestro Señor nos ofrezca debe ser mejor que ser testigo de sus actos sobrenaturales cuando caminaba por esta tierra. ¿No es evidente que nuestra experiencia del discipulado cristiano es seriamente deficiente? Parece que solo estamos rozando la superficie. El consejo de este Consejero divino debe poseer un valor incalculable.

¿De qué sirve tener poder si se desconoce su existencia y cuando, tras su descubrimiento, sigue sin aprovecharse? ¿De qué sirve tener poder si la capacidad no va acompañada del cuidado, y uno se preocupa, pero está convencido de que carece de capacidad suficiente? ¡Gracias a Dios! Nuestro bendito Señor no se interpuso, sino que cedió para dejar que el Espíritu obrara a Su manera. ¡Gracias a Dios! El poder del Espíritu Santo está disponible para todos los verdaderos creyentes a través de la unión del Espíritu y del Hijo. ¡Aleluya!

2. Una unión persuasiva (vv 8-14)

Todo edificio necesita unos buenos cimientos. La mayoría de nosotros estaremos de acuerdo con esto. Por favor, entiende que el Espíritu trabaja para completar en nosotros lo que Cristo había iniciado en la expiación. La obra preliminar de Cristo no está en el mismo lugar que la plenitud del Espíritu. Sin embargo, la plenitud del Espíritu no es un paradigma totalmente nuevo. Se trata de una unión. El Espíritu solo nos lleva a una apreciación más profunda de Cristo. El Espíritu no es acerca del Espíritu; el Espíritu

es acerca de Cristo. Nos hemos equivocado con respecto al Espíritu *Santo* si estamos más enfocados en el «Espíritu» que en Cristo.

Observa que, en el versículo 14, nuestro Señor nos da el objetivo de la obra del Espíritu. Dijo del Espíritu: «Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo hará saber». Debemos comprender cuál es el objetivo del Espíritu Santo si queremos aprovechar plenamente los consejos del divino Consolador.

¿Cómo es este Consolador divino? No es un sargento instructor. Por mucho que apreciemos el trabajo de los militares, y aunque captemos el mensaje del himno, «Adelante soldados cristianos, marchando como hacia la guerra», y aunque la analogía militar se utilice repetidamente a lo largo de las Sagradas Escrituras para explicar muchos aspectos de la vida cristiana, el Espíritu Santo no es un sargento instructor. Él es el principal Consolador. Su instrucción no pretende solicitar una conformidad fría, regimentada, insensata y atemorizada.

A los estudiosos del texto griego original les gusta señalar que nuestro Señor Jesús utilizó una palabra traducida como «consolador» o «ayudante» que es una combinación de dos ideas. Las ideas son «verdad» y «a la par». La dureza de la verdad se suaviza al ser presentada «a la par» para apoyarla o relatarla.

Nuestro Señor había encomendado al Espíritu no solo transmitir información, sino también facilitar la intimidad. El papel designado al Espíritu es asegurarse de que recibamos la verdad y nos apropiemos de ella. Habiendo caminado con nuestro Señor durante al me-

nos tres años, los apóstoles poseían la verdad. Sin embargo, todavía *no la entendían*. Solo sabían *de* la verdad. No *conocían* la verdad. El propósito de este Consolador divino era elevar el grado⁵ de exigencia. Nuestro Señor dijo en Juan 14:26: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho».

El mes que viene cumpliré 36 años de ministerio pastoral en el mismo lugar, y sigo contando. Mi experiencia, por un lado, ha estado marcada por un gran aprecio por el uso de métodos bíblicos probados con el tiempo en todo lo que hago. Por otro lado, esto se ha equilibrado con la consciencia de un veterano de que la metodología sólida y las mejores prácticas bíblicas nunca garantizarán el fruto del éxito. En otras palabras, mis victorias más significativas no se lograron gracias al ingenio y las dones ministeriales. No dudo de que mis momentos ministeriales más eficaces surgieron directamente del consejo del Consolador divino.

¡Escucha! Siempre que algo ha funcionado, no ha sido porque siempre haya funcionado, sino porque el Espíritu Santo se propuso utilizarlo. Por eso la evangelización sin oración es una locura. Por eso la atención pastoral sin oración es inútil. Una iniciativa ministerial determinada produce un cojín de satisfacción en un día determinado. Otro día, la misma iniciativa produce un AEI, un «artefacto explosivo improvisado» que me explota en la cara. La diferencia es el Espíritu.

⁵ **grado** - nivel (como de logro o intensidad considerado especialmente como un objetivo o estándar).

¿De qué estoy hablando? Bien, por favor entiendan que nuestro nacimiento espiritual y nuestro continuo poder espiritual se producen por el mismo medio. Nuestro Señor había explicado anteriormente en Juan 3:8, «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu». Del mismo modo, nuestro Señor explicó en el versículo 14 de nuestro texto acerca del Espíritu: «Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber».

Permíteme ir al grano. ¿Cuál es nuestro problema? Nuestro problema es que generalmente imaginamos que lo que necesitamos para empoderar nuestras vidas fracasadas y frustradas son *nuevas circunstancias o más información*. Las nuevas circunstancias pueden incluir un nuevo cónyuge o una nueva casa, una nueva ciudad o una nueva identidad, un nuevo amigo o una nueva tendencia. El deseo de más información se basa en la idea de que la investigación resolverá todos nuestros problemas. Ambos planteamientos se basan en la fantasía y la insensatez, ya se trate del deseo de nuevas circunstancias o de más información. ¡Esto es un error significativo!

Los verdaderos discípulos de Cristo sufren como todo el mundo. Sin embargo, no todo es malo, porque a menudo se encuentran en las circunstancias más ideales y suelen estar bien informados sobre las cosas espirituales, pero no tienen ningún poder. Su experiencia cristiana es monótona, estéril, aburrida y tan atractiva como una visita al dentista.

¿Qué falta? La realidad. ¡Falta la realidad! ¿Lo que tenemos es verdaderamente real para nosotros? ¿Nos

limitamos a admirar lo que leemos sobre el amor de Dios, o nos deleitamos en ese amor? ¿Es real para nosotros? Ese es el papel del Espíritu.

La unión entre Cristo y el Espíritu fue diseñada para llevar a los verdaderos discípulos al siguiente nivel, ¡para experimentar la realidad de la gracia de Dios! El papel del Espíritu es glorificar a Cristo, mostrarnos el peso de Cristo y hacer que lo *entendamos* de verdad.

No se trata solo de un uso inteligente del lenguaje. Soy consciente de que un antiguo Presidente de los Estados Unidos intentó una vez defenderse diciendo: «Depende de lo que “es” signifique». Pues bien, en este momento, ¡les afirmo que debemos entenderlo! Por eso Cristo se unió al Espíritu. ¿Lo hemos entendido? Bueno, ¿qué es exactamente? Ese «*es*» es la diferencia entre una casa y un hogar, la diferencia entre un simple mensajero y un mártir, y la diferencia entre una dama de honor y una novia.

Ese «*es*» es la diferencia entre vagar y vivir, la diferencia entre un mero trabajador y un verdadero adorador, y cuando la teología cristiana se transforma en una doxología apasionada.

¿Lo que hemos oído sobre Cristo es verdaderamente real para nosotros? Escucha. No puedo *dártelo*. Apenas puedo *explicarlo*. Es la *obra* del Espíritu. Hermanos y hermanas, ¿lo *entendemos*? ¡Mira! Cuando lo entendamos, nuestras creencias sobre las *gloriosas* riquezas del cielo se traducirán en *generosas* donaciones aquí en la tierra, porque ¿por qué no compartir lo que tenemos cuando tenemos tanto a nuestro alcance? Cuando lo entendamos, nuestro concepto de la grandeza de Dios en nuestras *mentes* se traducirá en

la gloria de Dios en nuestros *corazones*, de modo que no nos quejemos de las providencias de Dios que fruncen el ceño, ni intentemos robarle el mérito de Sus providencias que sonríen, sino que sencillamente lo alabemos, haga lo que haga, porque Él hace «todas las cosas bien» (Mr 7:37). Cuando lo entendamos, nuestra visión de la oración no será la de una *actividad* que evitamos hasta que estemos más desesperados. En cambio, la oración se convertirá en un *ancla* que nos mantendrá cerca del seno de nuestro Salvador, pues estamos atados a navegar sin rumbo por los mares del egoísmo si no conocemos a un Salvador que está comprometido con nuestra satisfacción. Cuando lo entendamos, nuestro acogimiento del amor de Dios se traducirá en un *aplacamiento* de nuestro ego, pues no seremos tan susceptibles ni nos derrumbaremos a la menor crítica o insulto, porque no solo sabemos quiénes somos, sino de Quién somos. Cuando lo entendamos, nuestra confianza en la *sabiduría* de Dios mitigará nuestra tendencia a *preocuparnos*, pues ¿por qué deberíamos vivir en el pasado que ya no es nuestra realidad o vivir en el futuro que aún está por realizarse, cuando podemos vivir en el presente que está firme en la mano omnipotente de Dios? Cuando lo entendamos, nuestra *predicación* de la omnisciencia de Dios se traducirá en la *práctica* de caminar con temor y temblor porque, cada vez que pecamos, abrazamos temporalmente la incredulidad que nos convence de que escondernos es una posibilidad real. Cuando lo entendemos, los *principios* y *promesas* que hemos oído sobre Cristo se convierten en la búsqueda apasionada y la plataforma de nuestras vidas.

Los medios por los que el Espíritu Santo nos impacta son, irónicamente, los medios ordinarios de gracia como el estudio y la meditación de la Palabra de Dios, la participación regular en los sacramentos u ordenanzas, el compañerismo y la rendición de cuentas con otros creyentes, nuestra mayordomía en la evangelización y las misiones, y nuestra participación disciplinada en el servicio de adoración. El Espíritu nos aconseja en todos los medios de gracia.

Los medios de gracia, es decir, todas las disciplinas deben ser habituales. Nunca sabemos cuándo se moverá el Espíritu, cuándo soplará el viento o cuándo un momento ordinario se convertirá de repente en una epifanía⁶ espiritual. A través de las disciplinas espirituales, se nos exhorta a estar abiertos a la guía y dirección del Espíritu. Está escrito en Hebreos 3:13: «Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado». El endurecimiento es señal de abandono. El ablandamiento es preparación para el compromiso. El ablandamiento es obra del Espíritu.

Cristo ha colaborado con el Espíritu para persuadirnos del peso y la gloria de la obediencia activa y pasiva de Cristo en favor de los verdaderos creyentes. Nos corresponde asistir diligentemente a los medios de gracia para recibir la obra del Espíritu en nuestras vidas, para alejarnos de la mediocridad, de la religión nominal, del culto letárgico, de los actos mínimos de compasión, de las ofrendas que no nos cuestan nada y del compañerismo meramente formal. Que el Espíritu Santo nos convenza de sumergirnos profundamente.

⁶ **Epifanía** – manifestación; revelación.

Que el Espíritu nos convenza de «sumergirnos ahora en ese torrente carmesí que nos lava y nos deja blancos como la nieve» y de entregarlo todo a Cristo, sin retener nada. Que el Espíritu Santo nos convenza de que nuestro Salvador es todo amor, para que podamos contemplarlo con nuevos ojos de adoración y gratitud, y experimentar la visión beatífica en toda su majestad. ¡Aleluya al Cordero!

3. Una unión de alabanza (vv 15-16)

Hermanos y hermanas, damas y caballeros, permítanme dejar algo muy claro antes de continuar. Todos entraremos en algún tipo de consejería. Todos debemos someternos a un consejero, a un ayudante. Puede que no seamos conscientes de ello, pero ha ocurrido, está ocurriendo y seguirá ocurriendo. Históricamente, ha habido al menos tres fuentes de consejo en nuestra generación y civilización en Occidente. Nuestro Señor nos desafía a rechazarlas a todas y abrazar al divino Consolador. Solo el divino Consolador nos conducirá a la alabanza y gloria de Cristo, que es lo que nos devuelve a la realidad. Solo alabando a Cristo, contemplando y deleitándonos en Su belleza, nos encontramos con la realidad. Por eso dijo nuestro Señor en el versículo 15: «Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber». Permíteme explicártelo.

Las tres fuentes principales de consejería en nuestra historia pueden resumirse en general de la siguiente manera: Las reglas en la sociedad, los derechos del yo, y el rechazo de las normas.

Estas tres perspectivas son los consejeros que se nos ofrecen, y estas son también las fuentes de gran parte de nuestra miseria. Hay que desenmascararlas.

Las reglas en la sociedad

Esta es la visión que precede a nuestra cultura terapéutica. Es la opinión de que solo tenemos que cumplir con nuestro deber. Nos recuerda que no somos tan frágiles como pretendemos ser, que debemos mantener la compostura y seguir la corriente. Esta postura exige una obediencia rígida para apoyar el *statu quo*, evitar los extremos, mantener la paz y sacrificar los intereses individuales por el bien de todos.

Los derechos del yo

Este es el punto de vista que está inmerso en el culto al yo. Aborrece las reglas de la sociedad. Aquí, todo debe ceder ante los sentimientos personales y la realización personal. Proclama que la norma más segura para saber lo que es correcto es lo que sea correcto para cada individuo. Nos anima a seguir nuestros sueños (o nuestro corazón) y a creer en nosotros mismos. Aprender a quererse a uno mismo se considera el mayor amor de todos, un sentimiento recurrente en la letra de muchas canciones populares. Aquí, el mayor pecado es confiar en el juicio de otra persona sobre lo que es correcto para el individuo. El concepto de verdad objetiva debe dar paso a «tu verdad».

El rechazo de las normas

Este punto de vista ha cobrado fuerza recientemente. Aunque aprecia la noción de una autodeterminación personal radical, exige una ampliación de las opciones. Este punto de vista enseña que, dado que el

yo es multifacético y dinámico, y siempre está en estado de cambio, nuestras definiciones de nosotros mismos caducan o se vuelven obsoletas en cada momento. Por tanto, hay que rechazar todas las normas y es preferible un eclecticismo posmoderno. En otras palabras, la ausencia de un núcleo esencial en el yo nos permite la libertad de definirnos, no de encontrarnos. Así, este punto de vista nos dice que nos definamos y redefinamos a voluntad. Podemos hacer lo que creamos que nos funcionará a medida que cambien nuestras situaciones y desafíos.

El problema con el consejo de las tres perspectivas es que todas prometen libertad y no nos dan más que esclavitud. Esto se hace pervirtiendo un hecho innegable y evidente por sí mismo, convirtiéndolo en definitivo. Idolatra un dato concreto y crea un falso dios con base en ese dato.

Permíteme que te lo explique. Efectivamente, necesitamos *reglas para la sociedad*, de modo que podamos evitar el caos. Sin embargo, la conformidad ciega y colectiva que destruye la convicción individual acabará por destruirnos a todos, convirtiéndonos en autómatas, sobre todo si el pensamiento de grupo es notoriamente pervertido, como en el caso del marxismo, ya sea político o cultural.

También es cierto que los *derechos del yo* son esenciales para el mantenimiento de la dignidad y el respeto de todos. Sin embargo, también puede conducir a un narcisismo⁷ infantil que eleva la lujuria momentánea por encima de la sabiduría de milenios de la

⁷ **narcisismo** - amor propio; excesivo interés o admiración por uno mismo.

historia humana. En serio, a medida que envejecemos, ¿no miramos de vez en cuando hacia nuestros veinte o treinta o incluso cuarenta años y sacudimos la cabeza con el pensamiento: «¡Era un completo ridículo!?» Yo lo hago todo el tiempo. Cuando los jóvenes «mequetrefes» entran en escena, creyendo que lo saben todo, debemos reírnos: «Aquí vamos otra vez. Mira, ¡está a punto de salvar el mundo!».

¿Y esta noción de *rechazo de las normas*? Escucha. Es cierto que todos cambiamos constantemente, pero ¿de verdad vamos a creer que absolutamente nada permanece igual? ¿Nada? ¿En serio? A primera vista es absurdo, porque ¿no se sugiere que al menos el cambio sea constante? ¿No dicen que el cambio es constante? El pecado realmente nos hace bobos.

¿Existe una manera mejor? Sí, sí que la hay. La unión entre el Cristo y el Espíritu fue concebida para señalar la alabanza del Cristo, la adoración del Cristo, como la conexión suprema con la realidad. No encontraremos la libertad en el *pensamiento de grupo*, la *autodeterminación* o la *autodefinición*. Cristo se unió con el Espíritu para llevarnos a la verdad de que la libertad solo se encuentra en Cristo.

El Espíritu señala a Cristo, pues solo Cristo hace que Dios sea real para la humanidad. La encarnación, esa unión hipostática⁸, es exclusiva del cristianismo bíblico. Juan 1:14 lo afirma enfáticamente. «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre),

⁸ **unión hipostática** - Griego: *hypostasis*, «persona»; la unión hipostática se refiere a la unión de las naturalezas divina y humana en la única persona de Cristo Jesús.

lleno de gracia y de verdad». El Dios eterno de gloria no es una abstracción mental. Tampoco es un producto de la imaginación del hombre, representado por algún artefacto primitivo. Tomó forma humana sin comprometer Su majestad eterna.

Esta gloriosa Persona se describe en Colosenses 1:15-18: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia».

Este Santo exige y ordena adoración, porque es Dios mismo. Está escrito de Él en Hebreos 1:3-4: «El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos».

Todos hemos fracasado a la hora de seguir las reglas de manera constante. Todos hemos fallado a la hora de encontrar la paz en nuestras afirmaciones narcisistas de nosotros mismos, porque la corrupción que llevamos dentro es obvia. Y cuán arrogantemente pretenciosos somos con este asunto de la autodefinición cuando intentamos escribir un manual para lo que no hemos

hecho. Entonces, ¿qué nos queda? No necesitamos más innovación humana. Necesitamos la intervención divina. Esto es lo que nos da el Espíritu. ¡Nos da a Cristo!

Está escrito en 2 Corintios 4:6: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». El Espíritu nos llama a alabarlo, a considerarlo, a contemplar Su gloria. Sí, aprendemos de Él a través de los medios ordinarios de gracia, como la Palabra de Dios y los sacramentos (ordenanzas), pero solo por el Espíritu alcanzaremos verdaderamente un «anticipo de la gloria divina».

Todas las religiones de los hombres tienen algo en común: tratan de ganarse el favor de Dios. Todas están en una rueda de molino de futilidad, porque después de todo lo dicho y hecho, siempre hay más trabajo por hacer en el camino infinito hacia la perfección. Ahora bien, ¡he aquí el Evangelio! En la persona de Cristo, a través de la obra del Espíritu, estamos a salvo del camino inútil hacia la perfección, porque la perfección ha llegado a nosotros en la persona de Cristo. ¡Por Su gracia encontramos la verdadera libertad, la verdadera aceptación, la verdadera comunidad, la verdadera paz y un gozo inefable y lleno de gloria!

Oh, por la gracia de contemplar incesantemente a Cristo, pues solo Él es hermoso. Oh, por la gracia para contemplar Su gloria. Oh, por la gracia para alabar Su santo nombre. Alabémosle a Él, que es el Autor y Consumador de nuestra fe, el Pan de Vida y la Piedra Angular. Alabémosle: el Gran Sumo Sacerdote, el León de la Tribu de Judá y el Hijo del Altísimo. Alabemos a

Aquel que es el Alfa y la Omega, la Resurrección y la Vida, y el bendito y único Potentado, el Rey de reyes y Señor de señores. ¡Aleluya!

Conclusión

Para terminar, debemos hacernos una pregunta importante. ¿Cómo podemos saber si el Espíritu Santo ha obrado en nuestros corazones? Si todo depende de la obra del Espíritu, si es solo por el Espíritu que tendremos verdadera intimidad con Cristo, no podemos darnos el lujo de perder esto. Necesitamos saber que Él ha obrado en nuestros corazones.

La prueba que necesitamos se aborda en el versículo 8 de nuestro texto. «Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio». El Espíritu Santo nos convence o enjuicia. Solo cuando somos condenados, vemos la belleza de Cristo y quedamos embelesados por Su gloria. La convicción crea un hambre en nosotros. Nuestra corrupción total queda expuesta, y anhelamos ser cubiertos. Entonces nos negamos a conformarnos con las meras apariencias. Deseamos intimidad real. Entonces nos queda claro, por el Espíritu, que una lista de acciones morales, experiencias emocionales o actividades compasivas nunca satisfarán esta hambre de intimidad perfecta. Cada marca de verificación, cada incremento, cada paso en este viaje infinito a la perfección solo resalta el hecho de que es un ejercicio inútil. No necesitamos una lista de perfección pretenciosa. Lo que se requiere es un Salvador perfecto, un Salvador infinito, inmaculado, inmortal, invisi-

ble, inmutable. En Colosenses 1:27 se afirma enfáticamente: «a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».

El escritor de himnos (Charles Wesley) lo ha expresado perfectamente:

*Ven, Espíritu Eterno,
Trae a cada corazón
Todo mérito de Cristo;
Por los hombres Él sufrió.
Fiel Registro de sus penas,
Ven e imparte viva fe.
Ven, revela su obra eterna,
Su evangelio a nuestro ser.

Ven, Testigo de su muerte,
Ven, Recuérdanos su amor.
Ven, aplica a nuestras mentes
El poder del Salvador.
Tu dolor pon en nosotros
Por herir al Redentor;
Gracia eterna recibimos,
Sangre que nos rescató.⁹*

Amén.



⁹ Traducción del inglés [*Come, Thou Everlasting Spirit*] al español [Ven, Espíritu Eterno] por Daniel Lobo.